

CRISI VIII

Las maravillas de Artemia.

Buen ánimo contra la inconstante fortuna, buena naturaleza contra la rigurosa ley, buen arte contra la imperfecta naturaleza y buen entendimiento para todo. Es el arte complemento de la naturaleza y un otro segundo ser, que por extremo la hermosea y aun pretende excederla en sus obras. Preciase de haber añadido un otro mundo artificial al primero. Suple de ordinario los descuidos de la naturaleza, perfeccionándola en todo; que sin este socorro del artificio, quedara inculta y grosera.

Este fué sin duda el empleo del hombre en el paraíso, cuando le revistió el Criador la presidencia de todo el mundo y la asistencia en aquél, para que lo cultivase: esto es, que con el arte lo aliñase y puliese. De suerte que es el artificio gala de lo natural, realce de su llaneza. Obra siempre milagros. Y si de un páramo puede hacer un paraíso ¿qué no obrará en el ánimo, cuando las buenas artes emprenden su cultura? Pruébelo la romana juventud y más de cerca nuestro Andrenio, aunque por ahora tan ofuscado en aquella corte de confusiones cuya libertad solicitaron los desvelos de Critilo con la felicidad que veremos.

Erase una gran reina, muy celebrada por sus prodigiosos hechos, confinante con este primer rey y por el consiguiente tan contraria suya, que de ordinario traían guerra declarada y muy sangrienta. Llamábase aquélla, que no niega su nombre ni sus hechos, la sabia y discreta Artemia, muy nombrada en todos siglos, por sus muchas y raras maravillas. Si bien se hablaba de ella con gran variedad. Porque, aunque los entendidos sentían y entre ellos el primero el tan valeroso, como discreto duque

del Infantado, de sus acciones, como quien ellos son y ella merece; pero lo común era decir ser una valiente maga, una grande hechicera; aunque más admirable, que espantosa. *Duque del Infantado.*

Muy diferente de la otra Circe, pues no convertía los hombres en bestias; sino al contrario, las fieras en hombres. No encantaba las personas; antes las desencantaba: de los brutos hacía hombres de razón.

Y había quien aseguraba haber visto entrar en su casa un estólido jumento y, dentro de cuatro días, salir hecho persona. De un topo hacer un lince era fácil para ella. Convertía los cuervos en cándidas palomas, que era ya más dificultoso, así como hacer parecer leones las mismas liebres y águilas los tagarotes. De un buho hacía un jilguero. Entregábanle un caballo y, cuando salía de sus manos, no le faltaba sino hablar. Y aun dicen que realmente enseñaba á hablar á las bestias; pero mucho mejor á callar, que no era poco recabarlo dellas.

Daba vida á las estatuas y alma á las pinturas. Hacia de todo género de figuras y figurillas, personas de sustancia. Y lo que más admiraba: de los titibilicios, cascabeles y esquirolas hacía hombres de asiento y muy de propósito y á los chisgarabises infundía gravedad. De una personilla hacía un gigante y convertía las monterías en maduresces. De un hombre de burlas formaba un Catón severo. Hacia medrar un enano en pocos días, que llegaba á ser un Tifeo. *Hombres muy hombres.*

Los mismos titeres convertía en hombres sustanciales y de fondo, que no hiciera más la misma prudencia. Los ciegos del todo transformaba en Argos y hacía que los interesados no fuesen los postreros en saber las cosas. Los dominguillos de borra, los hombrecillos de paja convertía en hombres de veras. A las víboras ponzoñosas, no sólo las quitaba todo el veneno; pero hacía triaca muy saludable dellas.

En las personas ejercitaba su saber y su poder con más admiración, cuanto era mayor la dificultad. Porque á los más incapaces infundía saber, que casi no ha dejado bobos en el mundo

*Duque
de Albur-
querque.*

y, si algunos, maliciosos. Daba no sólo memoria á los entronizados; pero entendimiento á los infelices. De un loco declarado hacia un Séneca y de un hijo de vecino, un gran ministro; de un alfeñique, un capitán general, tan valiente como un duque de Alburquerque; y de un osado mozo, un virrey excelentísimo del mismo Nápoles; de un pigmeo un gigantón de las Indias. De unos horribles monstruos hacia ángeles, cosa que estimaban mucho las mujeres.

Viéronla á veces de repente hacer de un páramo un pensil y que prendían los árboles, donde no prendieran las varas mismas. Dondequiera que ponía el pie formaba luego una corte y una ciudad tan culta, como la misma Florencia. Ni le era imposible erigir una triunfante Roma. Desta suerte y á esta traza contaban della, que no acababan, cosas tan maravillosas como plausibles.

Llegó esta noticia al no sordo Critilo, cuando más desahuciado estaba. Informóse muy por menudo de quién era Artemia, dónde y cómo reinaba y concibió al punto que en hablarla consistía su remedio. No pudo recabar de Andrenio, ni con ruegos ni razones, que le siguiese. Y así él, después de haber velado sobre el caso, trazó huirse y no tuvo tanta dificultad, como imaginaba. Que en este orden de cosas el que quiere, puede. Rompió con todo, que es el único medio y saltó por el portillo de dar en la cuenta: aquél, que todos, cuantos abren los ojos, le hallan.

Salió al fin tan dichoso, como contento. Y ya libre, metióse en camino para la corte de la deseada Artemia, á consultarla el rescate de su amigo, que llevaba más atravesado en su corazón, cuando más dél se apartaba. Encontró por el camino muchos, que también iban allá: unos por curiosidad y otros por su provecho, que eran más cuerdos.

Contaban todos cosas y casos portentosos. Que amansaba los leones y que con dos palabras, que les decía, los tornaba humanos y sufridos. Que desencantaba las serpientes y las hacía

andar derechas. Tomaba de ojo á los basiliscos, quitándoles las niñas porque no matasen, ni miradas ni mirando: que todas eran cosas bien útiles y raras.

Todo eso es nada, dijo uno, con el prevalecer contra las mismas sirenas y transformarlas en matronas. Aquel convertir en tórtolas las lobas. Y lo más que se puede imaginar, que de una Venus bestial hizo una virgen vestal.

*Matronas
castas.*

Eso es gran cosa, dijeron todos.

Campeaba ya su artificioso palacio, muy superior á todo. Y con estar en puesto tan eminente, hacia subir las aguas de los ríos á dar la obediencia á su poderosa maña, con un raro artificio, ejemplar de aquel otro del famoso artifice, que al mismo Tajo dió un corte de aguas cristalinas. Estaba todo él coronado de flores en jardines, prodigios también fragantes, porque las espinas eran rosas y las maravillas de todo el año. Hasta los olmos daban peras y uvas los espinos; de los más secos corchos sacaba jugo y aun néctar; y los peros, en Aragón tan indigestos, aquí se nacían confitados. Oianse en los estanques cantar los cisnes en todo tiempo. Hizosele muy de nuevo á Critilo, porque en otras partes de tal suerte enmudecen, que aun en la hora de la muerte, aunque comúnmente se dice que cantan, ninguno se halla que los haya oído.

Es, le dijeron, que, como son tan cándidos, si cantan, ha de ser la verdad y, como ésa es tan mal oída, han dado en el arbitrio de enmudecer. Sólo en aquel trance, apretados de la conciencia ó porque ya no tienen más que perder, cantan alguna verdad. Y de aqui se dijo que tal predicador ó tal ministro hablaron claro: el secretario Fulano desembuchó muchas verdades, el otro consejero descubrió su pecho, estando todos para morir.

Desengañados.

A la puerta estaba un león, que se habia convertido en una mansísima oveja y un tigre en un cordero. Por los balcones habia muchas parleras, digo aves, en conversacion, manteniendo la tela los papagayos; aunque los tordos se picaban de su nom-

bre. Los gatos y los alanos de su casa ya no arañaban apretados ni mordían rabiosos; sino que, reconociendo leales su gran dueño, besaban sus generosas plantas. Estábanlos aguardando á la puerta muchas y bienalñadas doncellas; aunque mecánicas y de escalera abajo. Otras más nobles y liberales le subieron arriba y le ensalzaron á la oficina, en que la discretísima Artemia, asistida de los varones eminentes, señalándole á cada uno su puesto el grande apreciador de las eminencias, don Vicencio de Lastanosa, estaba actualmente ocupada en hacer personas de unos leños.

Don Vicencio de Lastanosa.

Tenía un rostro muy compuesto, ojos penetrantes. Su hablar, aunque muy medido, muy gustoso. Sobre todo tenía extremadas manos, que daban vida á todo aquello en que las ponía. Todas sus facciones muy delicadas, su talle muy airoso y bienproporcionado y, en una palabra, toda ella de muy buen arte.

Recibió con agradable bizarria á Critilo, celebrándole por muy de su genio, sacándolo por la pinta. Y añadió que con razón se llamó el rostro faz, porque él mismo está diciendo lo que hace y *facies* en latin, lo que *facies*. Llegó Critilo á saludarla, logrando favores tan agradables. Extrañó ella que un varón discreto viniese, no ya solo, mas sí tanto.

Que la conversación, decía, es de entendidos y ha de tener mucho de gracia y de las gracias, ni más ni menos de tres.

Aquí destilando el corazón en lágrimas Critilo: Otros tantos, respondió, solemos ser un otro camarada, que dejo por dejado, y siempre se nos junta otro tercero de la región donde llegamos, que tal vez nos guía y tal nos pierde, como ahora, que por eso vengo á ti, ¡oh gran remediadora de desdichas!, solicitante tu favor y tu poder, para rescatar este otro yo, que queda malcautivo, sin saber de quién ni cómo.

Pues, si no sabes dónde le dejas ¿cómo le hemos de hallar?

Aquí entran tus prodigios, replicó él. Mas de que ahí queda en la corte jurálo yo, que ahí había [de ser su perdición, de

un rey famoso sin ser nombrado, poderoso por lo universal y singular por lo desconocido.

Tate, dijo ella. Ya estás entendido, que fué favor sustancial. El queda sin duda en la Babilonia, que no corte, de mi grande enemigo Falimundo, porque ahí perece el mundo entero y todos acaban, porque no acaban. Pero mejor ánimo en la peor fortuna: que no nos ha de faltar ardid contra el engaño.

Mandó llamar uno de sus mayores ministros, gran confidente suyo, que acudió tan pronto, como voluntario. Parecía hombre de propósito y aun ilustre por lo claro y verdadero. A éste le confió la empresa, informándole muy bien Critilo de lo pasado y Artemia de lo hacedero. Entrególe juntamente un espejo de purísimo cristal, obra grande de uno de los siete griegos, explicándole su manejo y eficacia.

Y el empenó su industria.

Vistióse al uso de aquel país, con la misma librea, que los criados de Falimundo, que era de muchos dobleces, pliegues, forros y contraforros, senos, bolsillos, sobrepuestos, alforzas y capa para todas las cosas. Desta suerte se partió pronto á cumplir el preciso mandato.

Quedó Critilo tan hallado como favorecido en la corte de Artemia, muy entretenido y aun aprovechado, viéndola cada día obrar mayores prodigios. Porque la vió convertir un villano zafio en un cortesano galante, cosa que parecía imposible. De un montañés hizo un gentilhomme, que fué también gran primor del arte. Y no menor hacer de un vizcaino un elocuente secretario. Convertía las capas de bayeta raidas en terciopelos y aun en felpas, un manteo deslucido de un pobre estudiante en una púrpura eminente y una gorra en una mitra. Los que servían en una parte hacia mandasen en otra y tal vez el mundo todo. Pues de un zagal, que guardaba una piara, hizo un pastor universal, obrando con más poder á mayor distancia. Porque se le vió levantar un mozo de espuelas á Betlengabor y de un lacayo un señor de la Tenza.

Cortesanos.

Y de tiempos pasados contaban mayores cosas, pues la vieron transformar las agujadas en cetros y hacer un César de un escribano. Mejoraba los rostros mismos, de modo, que de la noche á la mañana se desconocían, mudando los pareceres de malos en buenos y éstos en mejores. De hombres muy livianos hacía hombres graves y de otros muy flacos, hombres de mucha sustancia. Y era de modo, que todos los defectos del cuerpo suplía: hacía espaldas, era pies y manos para unos y daba ojos á otros, dientes y cabellos. Y lo que es más, remendaba corazones, haciéndolos de las mismas tripas, que todos eran milagros de su artificio.

Pero lo que más admiró á Critilo fué verla coger entre las manos un palo, un tronco é irle desbastando, hasta hacer dél un hombre que hablaba, de modo, que se le podía escuchar. Discurría y valía al fin lo que bastaba para ser persona.

Pero dejémosle tan bienentretenido y sigamos un rato al prudente anciano, que camina en busca de Andrenio á la corte del famoso rey Falimundo.

Duraban aún los juegos bacanales. Andaban las máscaras más validas, que en la misma Barcelona. No hubo hombre ni mujer, que no saliese con la suya y todas eran ajenas. Había de todos modos, no sólo de diablura, pero de santidad y de virtud, con que engañaban á muchos simples, que los sabios claramente les decían se las quitasen.

Y es cosa notable, que todos tomaban las ajenas y aun contrarias. Porque la vulpeja salía con máscara de cordero, la serpiente de paloma, el usurero de limosnero, la ramera de rezadora y siempre en romerías. El adúltero de amigo del marido, la tercera de saludadora, el lobo del que ayuna, el león de cordero, el gato con barba á lo romano, con hechos de tal. El asno de león, mientras calla; el perro rabioso de risa, por tener faldada, y todos de burla y engaño.

Comenzó el viejo á buscar á Andrenio por aquellas encrucijadas, que no calles. Y, aunque llevaba las señas tan individua-

Hombres fingidos.

les, él estaba ya tan trocado, que no le conociera el mismo Critilo, porque ya los ojos no los tenía ni claros ni abiertos, como antes; sino muy oscuros y casi ciegos. Que los ministros de Falimundo ponen toda su mira en quitarla. Ya no hablaba con su voz, sino con la ajena; no oía bien y todo iba á malandar. Que, si los hombres son otros de la noche á la mañana ¿qué sería en aquel centro de la mentira? Con todo, valiéndose de su industria y por otras señales más seguras de la ocasión y del tiempo, vino á tener lengua dél.

Hallóle un día, perdiendo muchos en mirar cómo otros perdían sus haciendas y aun las conciencias. Había un gran partido de pelota, propio entretenimiento del mundo, y así se jugaba en su gran calle á dos bandas muy contrarias. Porque los jugadores unos eran blancos y otros negros, unos altos y otros bajos, éstos pobres, aquéllos ricos y todos diestros, como quien no hace otro eternamente. Las pelotas eran de viento, tan grandes como cabezas de hombres, que un pelotero llenaba de viento, por ojos y por oídos, dejándolas tan huecas, como hinchadas. Cogíalas el que las sacaba á la plaza y, diciendo que jugaba con toda verdad, pues todo es burla y todo es juego, daba con la pelota por aquellos aires, con más presteza, cuanto más impulso. Rebatíala el otro, sin dejarla reposar un instante. Todos la sacudían de sí con notable destreza, que en eso consistía su ganancia. Ya estaba tan alta, que se perdía de vista; ya tan baja, que iba rodando por aquellos suelos entre el lodo y la basura. Uno le daba por el pie y otro de la mano; pero los más con unas que parecían lenguas y eran palas. Ya andaba entre los de arriba, ya entre los de abajo, pareciendo grandes altibajos.

Gritaba uno que ganaba quince y era así, que á los quince años suele ser la ganancia del vicio y la pérdida de la virtud. Otro decía treinta y tenía por ganado el juego, cuando á tanta edad no se sabe. De este modo la fueron peloteando, hasta que cayó en tierra reventada, donde la pisaron, que en esto había de parar: y tan á su costa ganaron unos y se entretenían todos.

Estas, dijo Andrenio, volviéndose hacia quien le buscaba, parecen cabezas de hombres.

Y lo son, respondió el viejo, y una de ellas es la tuya. De hombres digo descabezados, más llenas de viento, que de entendimiento, y otras de borra, de enredos y mentiras. Rebútelas el mundo de su vanidad, cógenlas aquellos de arriba, que son los contentos y felicidades y arrójala á los de abajo, que son sus contrarios los pesares y calamidades, con todo género de mal. Ya está el hombre miserable entre unos, ya entre otros, ya abatido, ya ensalzado. Todos le secundan y le arrojan, hasta que reventado, viene á parar entre la azada y la pala, en el lodo y la hediondez de un sepulcro.

*La vida
juego.*

¿Quién eres tú, que tanto ves? ¿Quién eres tú, que estás tan ciego?

Fuésele poco á poco introduciendo, ganóle la voluntad para ganarle el entendimiento. Fuéle descubriendo Andrenio sus esperanzas y las grandes promesas de valer. Vista la sazón, díjole el viejo:

Ten por cierto que por este camino jamás llegarás á ver este rey, cuanto menos hablarle. Dependes de su querer y él nunca querrá, que le va el ser en no ser conocido. El medio, que sus ministros toman para que no le veas, es cegarte: mira tú cuán poco miras. Hagamos una cosa. ¿Qué me darás y yo te lo mostraré esta misma tarde?

¿Burlas de mí?, le dijo Andrenio.

No, porque siempre estoy de veras. No quiero otra cosa de ti, sino que le mires bien, cuando te lo mostrare.

Eso es pedirme lo que deseo.

Señalaron hora y acudieron puntuales, el uno como deseoso y el otro verdadero. Y, cuando Andrenio creyó le llevaria á palacio y le introduciria por el favor ó por el secreto, vió que le sacaba fuera, apartándole más. Quiso volverse, pareciéndole mayor embuste éste que todos los pasados. Detúvole el prudente, diciendo:

Advierte que lo que no se puede ver cara á cara, se procura por indirecta. Subamos á aquella eminencia, que levantados de tierra, yo sé que descubriremos mucho.

Subieron á lo alto, que caia enfrente de las mismas ventanas de Falimundo.

Estando aqui, dijo Andrenio, pareceme que veo mucho más que antes.

De que se holgó harto el compañero, porque en el ver y conocer consistia su total remedio. Hacia se ojos Andrenio, mirando hacia palacio, por ver si podia brujulear alguna realidad; mas en vano, que estaban las ventanas unas con celosias muy espesas y otras con vidrieras.

No ha de ser dese modo, dijo el viejo; sino al contrario, volviendo las espaldas, que las cosas del mundo todas se han de mirar al revés para verlas al derecho.

Sacó en esto el espejo del seno y, desenvolviéndole de un cendal, púsole delante, encarándole muy bien á las ventanas contrarias de palacio:

Mira ahora, le dijo. Contempla bien y procura satisfacer tu deseo.

¡Cosa rara é inaudita! Comenzó á espantarse y á temer tanto Andrenio, que casi desmayaba.

¿Qué tienes? ¿Qué ves?, le preguntó el anciano.

¿Qué he de ver? Lo que no quisiera ni creyera. Veo un monstruo, el más horrible que vi en mi vida, porque no tiene pies ni cabeza. ¡Qué cosa tan desproporcionada! No corresponde parte á parte ni dice uno con otro en todo él. ¡Qué fieras manos tiene! Y cada una de su fiera, ni bien carne ni pescado y todo lo parece. ¡Qué boca tan de lobo, donde jamás se vió verdad! Es niñeria la quimera en su cotejo. ¡Qué agregado de monstruosidades! ¡Quita, quitamele de delante, que moriré de espanto.

Pero el prudente compañero le decia:

Cúmpleme la palabra. Nota aquel rostro, que á la primera

vista parece verdadero y no es de hombre, sino de vulpeja. De medio arriba es serpiente. Tan torcido tiene el cuerpo y sus entrañas tan revueltas, que basta á revolverlas. El espinazo tiene de camello y hasta en la nariz tiene corcova. El remate es de sirena y aun peor: tales son sus dejos. No puede ir derecho. ¿No ves cómo tuerce el cuello? Anda acorvado y no de bien-inclinado. Las manos tiene gafas, los pies tuertos, la vista atravesada. Y á todo esto habla en falsete, para no hablar ni proceder bien en cosa alguna.

¡Basta!, dijo Andrenio, que reviento.

Y basta que á ti te sucede lo que á todos los otros, dijo el viejo, que en viéndole una vez, tienen hartos; nunca más le pueden ver. Eso es lo que yo deseaba.

Engaño. ¿Quién es este monstruo coronado?, preguntó Andrenio. ¿Quién este espantoso rey?

Este es, dijo el anciano, aquel tan nombrado y tan desconocido de todos, aquel cuyo es todo el mundo por sola una cosa que le falta. Este es aquel que todos platican y le tratan y ninguno le querría en su casa, sino en la ajena. Este es aquel gran cazador, con una red tan universal, que enreda todo el mundo. Este es el señor de la mitad del año primero y de la otra mitad después. Este el poderoso entre los necios, juez á quien tantos apelan, condenándose. Este aquel principe universal de todos, no sólo de hombres, pero de las aves, de los peces y de las fieras. Este es, finalmente, el tan famoso, el tan sonado, el tan común Engaño.

No hay más que aguardar, dijo Andrenio. Vámonos de aquí, que ya estoy más lejos dél, cuanto más cerca.

Aguarda, dijo el viejo, que quiero que conozcas toda su parentela.

Ladeó un poco el espejo y apareció una urca, más furiosa que la de Orlando, una vieja más embelecadora que la de Sempronio.

¿Quién es esta meguera?, preguntó Andrenio.

Esta es su madre, la que lo manda y gobierna: ésta es la *Mentira*.
Mentira.

¡Qué cosa tan vieja!

Ha muchos años que nació.

¡Qué cosa tan fea! Cuando se descubre, parece que cojea. Por eso la alcanzan luego.

¡Qué de gente la acompaña!

Todo el mundo.

Y de buen porte.

Esos son los más llegados.

¿Y aquellos dos enanos?

El Si y el No, que son sus meninos.

¡Qué de promesas, qué de ofrecimientos, excusas, cumplimientos, favores! Hasta las alabanzas le acompañan.

Torció el espejo á un lado y á otro y, descubriendo mucha gente honrada, aunque no de bien:

Aquella es la Ignorancia su abuela, la otra su esposa la Malicia, la Necedad su hermana. Aquellos otros sus hijos y sus hijas, los Males, las Desdichas, el Pesar, la Vergüenza, el Arrepentimiento, la Perdición, la Confusión y el Desprecio. Todos aquellos, que le están al lado, son sus hermanos y primos, el Embuste, el Embeleco y el Enredo, grandes hijos deste siglo y desta era.

¿Estás contento, Andrenio?, le preguntó el viejo.

Contento no; pero desengañado sí. Vamos, que los instantes se me hacen siglos. Una misma cosa me es dos veces tormento, primero deseada y después aborrecida.

Salieron ya por la puerta de la luz de aquel Babel del Engaño. Iba Andrenio á medio gusto, que nunca llega á ser entero. Examinóle el viejo de su nueva pena y respondióle:

¿Qué quieres?

Que aún no me he hallado todo.

¿Qué te falta?

La mitad.

Amigos. ¿Qué? ¿Algún camarada?

Más.

¿Algún hermano?

Aún es poco.

¿Tu padre?

Por ahí, por ahí: un otro yo, que lo es un amigo verdadero.

Tienes razón. Mucho has perdido, si un amigo perdiste: será bien dificultoso hallar otro. Pero dime, ¿era discreto?

Si y mucho.

Pues no se habrá perdido para sí. ¿No supiste qué se hizo?

Dijome iba á la corte de una reina tan sabia, como grande, llamada Artemia.

Si era entendido, como dices, yo lo creo, allá habrá aportado. Consuélate, que allá vamos también, que quien te sacó del Engaño, ¿dónde te ha de llevar, sino al Saber? Digo á la corte de tan discreta reina.

¿Quién es esta gran mujer y tan señora, nombrada en todas partes?, preguntó Andrenio.

Y el anciano: Con razón la llamas señora, que no hay señorío sin saber. Comenzando por su nobilísima prosapia, dicense della cosas grandes. Aseguran unos que descende del mismo cielo y que salió del cerebro Soberano. Otros dicen ser hija del Tiempo y de la Observación, hermana de la Experiencia. Ni falta quien por otro extremo porfia que es hija de la Necesidad, nieta del Vientre. Pero yo sé bien que es parto del Entendimiento.

Vivió antiguamente, que no es niña, sino muy grande en todo, como tan favorecida de las monarquias, en sus mayores cortes. Comenzó en los asirios, pasó á los egipcios y caldeos, fué muy estimada en Atenas, gran teatro de la Grecia, en Corinto y en Lacedemonia. Pasó después á Roma con el imperio, donde en competencia del valor, la laurearon, cediendo los arneses á las togas. Los godos, gente inculta, la comenzaron á despreciar, desterrándola de todo su distrito. Apuróla y aun

pretendió acabar con ella la bárbara morisma y hubo de acoger á la famosa tetrarquía de Carlo Magno, donde estuvo muy acreditada. Mas hoy, á la fama de la mayor, la más dilatada y poderosa monarquía española, que ocupa entrambos mundos, se ha mudado á este agosto centro de su estimación.

¿Cómo no habita en su famosa corte, aplaudida de todas las naciones de tan universal imperio, venerada de sus cultos cortesanos; y no aquí en medio de la intolerable villanía?, replicó Andrenio. Que si son dichosos los que habitan las ciudades, más lo serán ellos, cuanto mayores ellas.

Porque quiere probarlo todo, respondió el anciano. Ibale muy mal en las cortes, donde tiene más enemigos, cuanto mayores vicios. Vivió ya entre los cortesanos, donde experimentó tan á su costa las persecuciones de la infelicidad y de la malicia, la falta de verdad, la sobra de embeleco y aun averiguó que había allá más necedad, cuanto más presumida. Muchas veces la he oido decir que, si allí hay más cultura, aquí más bondad; si allí más puestos, aquí más lugar; allí empleos, aquí tiempo; allí se pasa, aquí se logra; y que esto es vivir y aquello acabar.

Con todo eso, replicó Andrenio, yo más quisiera haberlas con bellacos, que con tontos. Malo es todo; pero de verdad que la necedad es intolerable y más para entendidos. Perdóname la sabia Artemia.

Relumbraba ya su alcázar, cielo equivocado, bordado todo de inscripciones y coronado de vitores. Fueron bien recibidos, con agradecimiento el viejo y Andrenio con abrazos, asegurándole certezas, quien no le regateaba permisiones.

Aquí, en honra de sus dos huéspedes, obró Artemia sus más célebres prodigios y, no sólo en los otros, sino en ellos mismos y más en Andrenio, que necesitaba de sus reales. Vióse muy persona en poco tiempo y muy instruido para adelante. Que, si un buen consejo es bastante para hacer dichosa toda la vida, ¿qué obrarian en él tantos y tan importantes? Comunicáronla su

*Vida de
corte.*

vida y su fortuna, noticia de superior gusto para ella, por lo raro. Alternó curiosa muchas preguntas á Andrenio, haciéndole repetir una y muchas veces aquella su primera admiración, cuando salió á ver el mundo, la novedad que le causó este gran teatro del universo.

Una cosa deseo mucho oírte, le dijo á Andrenio, y es entre tantas maravillas criadas, como viste, entre tantos prodigios como admiraste, ¿cuál fué el que más te satisfizo?

Lo que respondió Andrenio nos lo dirá la otra Crisi.

CRISI IX

Mora anatomía del hombre.

Eternizaron con letras de oro los antiguos en las paredes de Delfos y mucho más con caracteres de estimación en los ánimos de los sabios aquel célebre sentimiento de Biante: *Conócete á ti mismo*. Ninguna de todas las cosas criadas yerra su fin, sino el hombre.

El solo desatina, ocasionándole este achaque la misma nobleza de su albedrio. Y quien comienza ignorándose mal podrá conocer las demás cosas. ¿Pero de qué sirve conocerlo todo, si á sí mismo no se conoce? Tantas veces degenera en esclavo de sus esclavos, cuantas se rinde á los vicios. No hay salteadora esfinge, que así oprima la viandante, digo viviente, como la ignorancia de sí, que en muchos se condena estupidez, pues ni aun saben que no saben ni advierten que no advierten. Desta común necedad padeció excepción Andrenio, cuando así respondió á la curiosa Artemia:

Entre tanta maravilla como vi, entre tanto empleo como aquel día logré, el que más me satisfizo, digolo con recelo, pero con

verdad, fui yo mismo, que cuanto más me reconocía, más me admiraba.

Eso era lo que yo deseaba oírte, aplaudió Artemia, y así lo ponderó el augustísimo de los ingenios, cuando dijo que entre todas las maravillas criadas para el hombre el mismo hombre fué la mayor de todas. Así también lo generaliza el príncipe de los filósofos en su tan asentada máxima, que siempre es más aquello, por quien otro es tal. De modo que, si para el hombre fueron criadas tan preciosas las piedras, tan hermosas las flores y tan brillantes las estrellas, mucho más lo es el mismo hombre, para quien fueron destinadas.

El es la criatura más noble de cuantas vemos, monarca en este gran palacio del mundo, con posesión de la tierra y con expectativa del cielo, criado de Dios, por Dios y para Dios.

A los principios, prosiguió Andrenio, rudamente me reconocía; pero, cuando pude verme á toda luz y por extraña suerte acabé de contemplarme en los reflejos de una fuente, cuando advertí era yo mismo el que creí otro, no podré explicarte la admiración y gusto que allí tuve: remirábame, no tanto necio, cuanto contemplativo. Lo primero que observé fué esta disposición de todo el cuerpo, tan derecha, sin que tuerza á un lado ni á otro.

Fué el hombre, dijo Artemia, criado para el cielo y así crece hacia allá y en esa material rectitud del cuerpo está simbolizada la del ánimo con tal correspondencia, que al que le faltó por desgracia la primera, sucede con mayor faltarle la segunda.

Es así, dijo Critilo: dondequiera que hallamos corvada la disposición, recelamos también torcida la intención.

En descubriendo enseñadas en el cuerpo, tememos haya dobles en el ánimo. El otro, á quien se le anubló alguno de los ojos, también suele cegarse de pasión. Y lo que es digno de más reparo, que no los tenemos lástima como á los ciegos; sino recelo de que no miran derecho. Los cojos suelen tropezar en el camino de la virtud y aun echarse á rodar, cojeando la volun-

El mayor prodigio.

Corcovados.

Tuertos.